

LAS BARRACAS DE VALENCIA



La perla de Levante, la tercera capital de España, la ciudad de los jardines y de las huertas, de los naranjos y de los grandes arrozales, la cuna de los pintores como Sorolla, de los escultores como Querol y de los poetas como Llorente; el pueblo de las mujeres que seducen con su hablar que sabe á mieles y de los hombres que amenazan con la venganza que mata, el jardín de España y uno de los mejores puertos del Mediterráneo: todo eso y mu-

cho más que poetas y viajeros han dicho con más galanura, es Valencia.

Valencia, la más humilde aldea quizás de la antigua Edetania, es hoy ciudad hermosa y rica, que se ostenta orgullosa en medio de inmensa huerta sembrada de caserios y de barracas, surcada por multitud de acequias de riego y repleta de ufana y opulenta vegetación; ciudad que progresa, como lo prueban los edificios magníficos que van llenando su pre-

cioso Ensanche; ciudad que, sin embargo, conserva el culto al pasado, mostrando monumentos como la catedral, con su famoso Miguelete que constituye un mirador incomparable, como su palacio arzobispal, como su delicada Lonja de la Seda. Pero la ciudad queda eclipsada por sus alrededores, por ese paisaje que Blasco Ibáñez ha descrito de mano maestra en *La barraca* y en *Cañas y barro*, y que, gracias á la feliz asociación de un suelo fértil, una agua abundante y un pueblo laborioso, constituye un verdadero emporio de riqueza agrícola.

Los arrozales del campo valenciano dan anualmente una cantidad de arroz cuyo valor se eleva á unos treinta y cuatro millones de pesetas, mientras el rendimiento del trigo tiene un valor aproximado de quince millones. Los naranjos, los famosos naranjos valencianos, cuyo fruto cargan á porfía los barcos de todas las naciones del mundo, no rinden menos de seis millones de pesetas; cada año se recogen más de cuarenta y dos millones de kilos de naranja, y se han conocido árboles que en doce meses han dado la friolera de seis mil naranjas. Y después del arroz, base de la clásica paella, y de la naranja, dulce cual las de ningún otro país, viene el vino, que rinde unos treinta millones de pesetas, y la pasa, que vale tres millones, y el aceite, de superior calidad, cuyo rendimiento se calcula en seis millones. Todo esto, sin contar el azafrán, y las algarrobas, y los famosos melones, y las no menos célebres sandías, y la seda, en fin, cuya cosecha, si bien ya no es ni sombra de lo que fué hace un siglo, todavía puede considerarse como remuneradora.

Con la agricultura corre en Valencia pareja la industria. El envase de la naranja, la elaboración de los vinos, la limpieza del arroz, que emplea más de ciento veinte molinos de agua ó de vapor, la fabricación de abonos, los azulejos, los tapices, los abanicos, dan á la hermosa ciudad levantina y á su campo una importancia industrial que pocas ciudades españolas tienen.

Eso es Valencia, y de todo eso, el símbolo más acabado, el emblema inequívoco, son las famosas barracas, las casas típicas de los labradores, con sus paredes muy blancas, con su tejado de paja muy inclinado, con su crucecita en lo alto, y á la puerta, con la sonrisa enigmática de la mujer oriental en los labios, una huertana hermosa en traje de *fiesta*, esperando al labrador galán que á la grupa de su jaca ha de llevarla á las fiestas de cualquier pueblo inmediato, donde se bailan *el u y el dos* y la *cháquera vella* y donde el pintor ó el turista encontrarían exceso de notas de color para trasladar al lienzo ó al cuaderno de notas de viaje.

